

## Los suicidas y el diario *La Capital* en los años '20

Anahí Pagnoni (Universidad Nacional de Rosario/Centro de Estudios Culturales Urbanos)

### Resumen

En la redacción de sus crónicas suicidas, el diario *La Capital* incorporó las herramientas del nuevo periodismo sensacionalista de los años '20. Así, a lo largo de toda la década, se observaron estrategias narrativas que banalizaban la muerte voluntaria mediante los "suicidios anecdóticos". Mientras, se ocultaba su masividad con estereotipadas noticias en la sección de policiales. Luego de una lectura transversal, el material informativo visualiza ciertos intersticios donde la muerte voluntaria se evidenciaba como un problema social. Asimismo, la aceleración de la vida urbana propia de la modernización de las urbes provocaba en ciertas personas una sensación de extrañamiento que podía vehicular la muerte voluntaria. Por esto, el fenómeno suicida cuestiona la percepción de la modernidad, entendida como una era de luz y progreso.

**Palabras claves:** suicidio; diario *La Capital*; ciudad; modernidad; vida urbana

### *The suicides and La Capital newspaper in the '20s*

#### Abstract

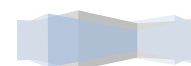
*In drafting their suicide chronicles, La Capital added the tools of the new tabloid journalism of the '20s. So, throughout the decade, narrative strategies were seen to trivialize the voluntary death by calling it "anecdotal suicide". Meanwhile, its massive losses with stereotyped news section police. After a cross-reading, the informative material shows certain gaps where voluntary death became evident as a social problem. Likewise, the acceleration of urban life own of modernization of cities caused in some people a sense of estrangement that could mobilise voluntary death. Therefore, the suicide phenomenon questions the perception of modernity, understood as an age of light and progress.*

**Keywords:** suicide; *La Capital* newspaper; city; modernity; urban life

(...) Llamaron a la policía, pero Erdosain no se movía de allí, encurioseado por el espectáculo del siniestro suicida de gafas negras, cuya piel se cubría lentamente de manchas azules. Y el olor de almendras amargas que estaba inmóvil en el aire, parecía escaparse de entre las quijadas abiertas (...) <sup>1</sup>

**A**l igual que el protagonista de *Los siete locos*, cualquier ciudadano rosarino o porteño que se encontrara en un lugar público donde acontecía un suicidio permanecería allí para entender qué ocurría. Esta

<sup>1</sup> ARLT, Roberto, *Los siete locos*, Buenos Aires: Losada, 2009, p 305.



sensación rara y contradictoria hacia el ocaso voluntario de la vida producía un sentimiento ambiguo de rechazo y empatía. Entre la curiosidad de conocer por qué la víctima atentó contra su vida y la morbosidad que la muerte provocaba en los observadores, los periodistas de los nuevos diarios sensacionalistas descubrieron un motivo para que el atentado contra la vida, los suicidios pasionales o toda clase de variaciones de auto-infringimiento de la muerte se convirtieran en una de las noticias más recurrentes en la columna de policiales. El suicidio siempre había formado parte de la variopinta sección de los delitos. Esta ubicación, en el interior del diario, no se relacionaba con un análisis profundo de los elementos jurídicos que en algún momento de la historia lo habían considerado un crimen, tampoco con la estigmatización social que todavía reinaba sobre el tema. Simplemente, los suicidios –como otras muertes dudosas- se comprobaban ante la policía y sus ayudantes médicos. Por esto, se ubicaban en las noticias policiales, las cuales eran un traspaso de las “órdenes del día” redactadas en la comisaría que los diarios reproducían, casi, sin modificación alguna. Sus simples y estereotipadas frases repetían, día tras día, una serie de datos para pasar revista a los hechos acontecidos en la ciudad. En los veinte, con la aparición de diarios populares como *Crítica* y *El Mundo*, esta situación comenzó a transformarse. De la misma manera, el periodismo profesional se consolidó e involucró nuevos temas y problemas sociales a las páginas de los periódicos.

Sin embargo, el diario *La Capital* con mayor tirada en la ciudad de Rosario, parecía ajeno a la revolución periodística de la prensa porteña. Entre 1920 y 1925, aproximadamente, la redacción de las notas y la estética del periódico conservaban la vieja imagen de la hoja sábana. Sólo el tamaño del diario se había reducido. Así, *La Capital* reproducía los intereses del orden burgués al cual pertenecía, y en menor medida, se ocupaba de los nuevos artefactos culturales de interés general. Esta “prensa seria” -como se autodefinía- concentró en sus principales páginas, las transacciones comerciales desde sus numerosos clasificados; o la actualidad política, con cables nacionales y extranjeros. Mientras que el deporte, el espectáculo o los policiales, se reducían a dos o tres columnas en las últimas páginas. *La Capital* conservó su impronta clásica, aunque comenzó a incorporar los elementos de modernización periodística para mediados de los años veinte.

A pesar de su prioridad informativa, los relatos suicidas del diario *La Capital* evidenciaban más que el fin voluntario de la vida. En ellos se percibía la presencia de un problema social, a diferencia de la afección individual con la cual la medicina definía al suicidio. La cantidad de atentados contra la vida que se registraron en sus páginas, cuestionan el impacto de las percepciones mentales<sup>2</sup> y los problemas sociales que la ciudad moderna producía en algunos de sus habitantes. Entonces, el relato periodístico de la muerte como

<sup>2</sup> SIMMEL, George, “La metrópolis y la vida mental” Bifurcaciones. *Revista de Estudios Culturales* (4)(2005[1902]). On line: [http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurciones\\_004\\_reserva.pdf](http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurciones_004_reserva.pdf)

espectáculo atractivo para los lectores se yuxtaponía a la experiencia urbana particular que atravesaban los protagonistas de esas noticias. En la tensión de este doble registro, el suicidio se considera un mal de la modernidad que el diario *La Capital* se ocupaba ocultar. La complejidad de la problemática y la ausencia de explicaciones convincentes determinaron que el periódico adquiriera una actitud preventiva, sin profundizar en otras dimensiones del fenómeno.

### **La modernización urbana de Rosario durante los años '20**

Desde mediados de la década del veinte, el diario registraba un aumento en el autoinfringimiento de la muerte en Rosario. El principal motivo de este crecimiento era la popularidad que había adquirido la muerte del concejal de La Plata, Carlos Ray<sup>3</sup>. Se sospechaba que el político había sido envenenado con cianuro de potasio. Como consecuencia, desde sus páginas centrales, *La Capital* denunció la venta del veneno, ya que, producía un efecto contagioso entre los cansados de la vida<sup>4</sup>. No obstante, la unilateralidad de este acontecimiento ocluye la posibilidad de indagar la multiplicidad de problemáticas que podían motivar el suicidio. En efecto, en paralelo a que los atentados contra la vida se multiplicaban, la ciudad atravesaba por un convulsionado proceso de transformación urbana. Entonces, antes de analizar detalladamente cómo el diario *La Capital* construía las noticias del suicidio, se reseñará la transformación urbana por la cual atravesó la ciudad. Este proceso se vinculará con ciertos planteos que problematizaron la experiencia de vivir en las nuevas urbes durante su modernización. Estas miradas complejizan el suicidio como un problema social-urbano propio de la modernidad.

A fines del siglo XIX, Rosario, una ciudad-puerto en continuo crecimiento, transformó su fisonomía por el aluvión inmigratorio que demandaba el desarrollo de la producción de la agricultura para la exportación.<sup>5</sup> La urbe decimonónica rápidamente se encontró desbordada por el aumento de su población, ya que, no contaba con la infraestructura edilicia y de servicios para ubicar a tantas personas. Como la zona portuaria había simbolizado la puerta de entrada a Rosario para los inmigrantes, en los barrios aldeanos comenzaron a instalarse los primeros conventillos y ranchadas. Así, la parte más antigua de la ciudad, cercana al río, quedó invadida por los grupos subalternos. Roldán<sup>6</sup> explicaba que ante la ausencia de urbanización en los suburbios e instalación del transporte público resultó dificultosa la desconcentración de la población

---

<sup>3</sup> La muerte en circunstancias dudosas del concejal radical de La Plata, Carlos A. Ray, tuvo una repercusión extrema en la prensa de todo el país. Se acusaba a su mujer y un amante de haberlo envenenado con cianuro. A partir de allí, este veneno se populariza entre los cansados de la vida, ver SAITTA, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica ...*

<sup>4</sup> *La Capital*, 23/11/1926

<sup>5</sup> FERNANDEZ, Sandra y VIDELA, Oscar, "La evolución económica rosarina durante el desarrollo agroexportador" En FALCÓN, R. y STANLEY, M. (Dir.). *La Historia de Rosario. T.1 Economía y sociedad*. Ed. Homo Sapiens, Rosario, 2001. Pp. 55-109

<sup>6</sup> ROLDÁN, Diego, *La invención de las masas: ciudad, cuerpo y culturas: Rosario, 1910/1945*, Universidad Nacional de la Plata. P. 131



hacia los márgenes. En su lugar, las clases dominantes abandonaron el centro para recluirse en sus casas veraniegas a las afuera de la ciudad.

De todas maneras, a principios del siglo XX, la ciudad atravesó por una nueva organización de su planta urbana acompañada por el proceso de modernización. En la opinión de Roldán, la categoría empleada por Manuel Castells, “reconquista del centro” testimoniaba la complejidad de la transformación citadina.<sup>7</sup> En efecto, las familias de elite que se habían trasladado a zonas residenciales, retornaron al corazón de la ciudad, influidas por los ideales del progreso. Así, la reconquista del centro involucró un conjunto de estrategias que obligaron a los pobladores de la zona portuaria a desconcentrarse hacia los márgenes. Entre estas medidas, se aumentaron los alquileres, se produjeron desalojos y se clausuraron los conventillos. Paralelamente, el centro se (re)construyó como área comercial, financiera y residencial.

La otra cara de la moneda, consistió en extender a los barrios los servicios públicos, mejorar la oferta inmobiliaria a través de las cuotas mensuales; así como, el abaratamiento y perfeccionamiento del transporte con ómnibus y tranvías. Estas intervenciones urbanas vehiculizaron el éxodo de los sectores populares a los suburbios<sup>8</sup>. Con la ilusoria desaparición de las clases populares de la primera ronda de bulevares, los sueños de progreso de las clases dominantes se habían concretado. Igualmente, este ideal de progreso resultó más simbólico que material. En el imaginario, el centro se convirtió en una zona “socialmente homogénea y saneada”<sup>9</sup> que recuperaba su opacado brillo. Además, las clases medias y altas volvían a valorizar la zona instalando nuevamente sus antiguas casonas, mientras que el casco histórico se (re) apropiaba como un símbolo de la ciudad.

Sin embargo, estos ideales no resultaron tan homogéneos. Para Roldán, en los años veinte, en el espacio urbano rosarino convivían dos imaginarios de ciudad<sup>10</sup>. Por un lado, la ciudad que se pensaba moderna; se proyectaba exitosa y pujante. Mientras del otro lado, los márgenes configuraban una imagen negativa; dominada por la inconsistencia y la imperfección. Ambas imágenes conjugaban el contraste y fragmentación que dominó a la modernización urbana. Asimismo, el proceso de (re) estructuración urbana y movimiento de su población se encontraba en ciernes. La cinética de la modernidad, la urbanización planificada y el impacto de los medios de transporte proporcionaban cambios en la forma de vida de los habitantes de la ciudad. Aunque, los suburbios, la periferia y los arrabales no sucumbieron ante la magia de la modernización.

<sup>7</sup> ROLDÁN, Diego, *La invención de las masas (...)* p.131

<sup>8</sup> ROLDÁN, Diego, *La invención de las masas (...)* p.132

<sup>9</sup> ROLDÁN, Diego, *La invención de las masas (...)* p.132

<sup>10</sup> ROLDÁN, Diego, “Diseminación verde. Plazas y pequeños espacios libres en Rosario durante la entreguerras”, en FERNÁNDEZ, Sandra (Dir.) *La ciudad en movimiento: espacio público, sociedad y política Rosario 1910-1940*, ISHIR- CONICET, Rosario, 2012. P.76

En esta sentido, las condiciones habitacionales de las clases más humildes parcialmente materializaron las expectativas del progreso. Para Pascual<sup>11</sup> las casas de inquilinato, antes de desaparecer, se trasladaron fuera de la primera ronda de los bulevares que delimitaba el casco urbano. Si bien, el conventillo<sup>12</sup> era la denominación habitacional más empleada por la capacidad de aglutinamiento, existían otros tipos de vivienda popular. Las características difusas y la visión negativa sobre la locación de los humildes configuraban una lógica con la cual también eran percibidos sus residentes. Del mismo modo, una fotografía más compleja de la periferia rosarina, mostraba que los bordes de la ciudad eran ocupados por las quintas y establecimiento prohibidos en los espacios centrales. A su alrededor, se edificaban barriadas dispersas, construidas con materiales de descarte.<sup>13</sup> Para Pascual, los márgenes constituían un espacio atestado por la insalubridad y la precariedad habitacional; tanto en las riberas del río como en la zona sur de la ciudad. Particularmente, las orillas del Río Paraná en la zona sur urbana, no se distinguían porque un vertedero de basura obstaculizaba su contemplación, "(...) Las barrancas estaban sembradas de escoria (...)"<sup>14</sup> Por otro lado, los terrenos del ferrocarril eran bordeados por rancharíos de lata donde se observaban a los niños jugar con la basura rodeados por las casas hacinadas y sobre pobladas<sup>15</sup>.

Algo similar ocurría con la traza del tranvía en los barrios periféricos. Desde su instalación, el transporte de pasajeros privilegió el contacto hacia el centro de la ciudad y el Parque Independencia. Según Roldán<sup>16</sup>, el problema de conexión del transporte entre las distintas partes de la urbe no se resolvió con las licencias otorgadas por la municipalidad a empresas privadas para la explotación y circulación de los colectivos. La falta de infraestructura para extender los tranvías eléctricos se potenció con la ineficiencia de los colectivos. En lugar de complementar sus recorridos incorporando los barrios aislados, los dos medios de transporte los superpusieron provocando que el tráfico urbano se duplicara. Incluso, las condiciones del viaje para los pasajeros no proporcionaban comodidad, ni cumplían con las normas de seguridad.

Entonces, la recualificación urbana de Rosario involucró una serie de ambigüedades que dificultaban la vida urbana, principalmente para los sectores marginales. A la aceleración de los ritmos urbanos propios de los avances tecnológicos y los nuevos medios de transportes, se sumaban una planificación orquestada para modificar el lugar donde habitarían las clases populares. Junto

---

<sup>11</sup> PASCUAL, Cecilia, "Ciudad y vida. Planificación sanitaria, espacio y municipio. Rosario 1925-1927", en FERNÁNDEZ, Sandra (Dir.) *La ciudad en movimiento: espacio público, sociedad y política Rosario 1910-1940*, ISHIR- CONICET, Rosario, 2012.

<sup>12</sup> ARMUS, Diego y HARDOY, Jorge, E. "Entre el conventillo y la casa propia. Notas sobre la vivienda popular en la Rosario del novecientos" en *Huelga, Hábitat y Salud en la Rosario del novecientos*. ARMUS, Diego (Comp.), Universidad Nacional de Rosario, 1995.

<sup>13</sup> PASCUAL, Cecilia, "Ciudad y vida. Planificación sanitaria (...) p. 102

<sup>14</sup> PASCUAL, Cecilia, "Ciudad y vida. Planificación sanitaria (...) p. 101

<sup>15</sup> PASCUAL, Cecilia, "Ciudad y vida. Planificación sanitaria (...) p. 101

<sup>16</sup> ROLDÁN, Diego, "Electrificar, ampliar, municipalizar (...) p. 90



a estas condiciones, existían otras como el carácter principalmente inmigrante y rural de los nuevos habitantes de las urbes. Con relación a esto, George Simmel postulaba que “(...) la metrópolis requiere del hombre una cantidad de conciencia diferente de la que le extrae la vida rural (...)”<sup>17</sup> Es decir, la velocidad de la vida citadina no posibilitaba los lazos afectivos que caracterizaban a la vida de pequeñas comunidades. Por esto, la vida mental de la metrópolis era de carácter intelectual, mientras, en los pueblo se entablaban vínculos sentimentales profundos. Al parecer, los inmigrantes experimentaban esta sensación con la doble condición de no vivir en su país de origen y, muchas veces, prescindir de vínculos familiares. En otro ensayo, Simmel explica, “el tipo *urbanita* (...) crea para sí mismo un órgano de protección contra el desarraigo con que lo amenazan la fluidez y los contrastes del medio ambiente; reacciona ante ellos no con sus sentimientos, sino con la razón (...)”<sup>18</sup>

La aseveración de este tipo de racionalidad en las grandes ciudades se combinaba con el predominio de la economía monetaria. La vida moderna reemplazó los valores cualitativos por valores cuantitativos, “sólo los logros objetivamente medibles resultan de interés”<sup>19</sup>. Igualmente, las urbes se abastecían de productos para el mercado donde el productor desconocía a sus clientes. Por lo tanto, el cálculo racional priorizaba el egoísmo económico y no contemplaba situaciones particulares. Asimismo, como explicaba Fritzsche, en la urbe moderna, el atentado contra la vida evidenciaba la falta de seguridad, la propia dinámica urbana provocaba quebrantos económicos, tanto como, éxitos empresariales<sup>20</sup>. Como se observará a continuación, en el caso de Rosario, la crisis económica que afectó a la ciudad en el año veinte<sup>21</sup>, cuestiona el vínculo entre el suicidio y la racionalidad económica.

En este orden, para Peter Fritzsche, los suicidios ilustraban lo efímero de la ciudad. Si bien, Simmel detectaba la enajenación de la experiencia urbana, que se considera propiciadora del suicidio, el vínculo entre metrópolis e individuo era contradictorio para él. La urbe configuraba el centro de una trama compleja de experiencias sociales características de la modernidad, era el escenario de la tragedia cultural moderna, y también, del conflicto histórico entre el individuo y la sociedad<sup>22</sup>. Más allá de esto, Simmel no calificaba a la ciudad como un ámbito negativo y desintegrador. La ciudad era un espacio de anonimato y desarraigo, pero también de libertad y cosmopolitismo. La sociología de la Escuela de Chicago resignificó esta ambigüedad. Incorporando algunos de los planteos de Simmel, los etnógrafos de Chicago transformaron su ciudad en un laboratorio social. Con lo cual describieron la nueva vida en los barrios y las

<sup>17</sup> SIMMEL, George, “La metrópolis y la vida mental”(...)p. 2

<sup>18</sup> SIMMEL, George, “Las grandes ciudades y la vida del espíritu” en *Cuadernos Políticos*, num. 45, México DF. Ed. Era (1986[1903]) p.6

<sup>19</sup> SIMMEL, George, “La metrópolis y la vida mental”(...)p. 3

<sup>20</sup>FRITZSCHE, Peter, *Berlín 1900* (...)p. 129

<sup>21</sup> *La Capital*, 20/3/1920

<sup>22</sup> SIMMEL, George, “Las grandes ciudades y la vida del espíritu”(...) p12

prácticas sociales de sus habitantes que ocurrían en paralelo a la nueva organización social, producto del urbanismo y la división del trabajo por el desarrollo industrial.

Entonces, para los etnógrafos, en la ciudad había suficiente gente (y espacios) para mantener una variedad de estilos de vida. Estos espacios se definían como regiones morales<sup>23</sup>. Es decir, la ciudad posibilitaba que distintas personas tengan diferentes relaciones que alentadas por características similares proporcionaban un apoyo moral para los comportamientos desaprobados por otros. Como explicaba Robert Park, miembro de esta escuela, "(...) Los procesos de segregación establecen distancias morales que convierten a la ciudad en un mosaico de pequeños mundos que se tocan pero no se compenetran (...)"<sup>24</sup>. A pesar del esquematismo, el método para observar las regiones morales, la etnografía, proporcionó una serie de estudios donde se registraron nuevos grupos y prácticas de la vida urbana. Con relación al suicidio, el estudio de Harvey W. Zorbaugh (1929) "*La costra de oro y el barrio bajo*" identificó una situación urbana que ocasionaría la muerte voluntaria. Para este autor, la vida en las zonas de pensiones era una muestra dramática de lo que podría ser la vida urbana. El movimiento continuo de gente, el cambio constante de pensión de sus inquilinos y la ausencia de conocimiento de las personas con las cuales se convivían, desdibujaban el mundo social. Estas circunstancias provocaban un aislamiento extremo que justificaba la alta tasa de suicidios en la zona<sup>25</sup>. Aunque, el autor parcializó esta mirada, en Rosario se registró un vínculo entre el suicidio y la cuestión habitacional cada vez que aumentaban los alquileres<sup>26</sup>.

A diferencia de la problemáticas relavadas por la Escuela de Chicago, los suicidas rosarinos no delimitaron una espacialidad en la ciudad. Aunque, el fenómeno suicida se analiza en este trabajo como un problema urbano paralelo a la transformación de la ciudad y de su vida citadina durante los años veinte, este hecho, sumado a ciertos problemas sociales que acabamos de reseñar, puede haber potenciado esa sensación de extrañamiento<sup>27</sup> en ciertas personas que los condujera al ocaso voluntario de sus vidas. Este trabajo se sustanció

---

<sup>23</sup> HANNERZ, Ulf, "Los etnógrafos de Chicago", En: *La exploración de la ciudad*. México Fondo de Cultura Económica, 1980.

<sup>24</sup> HANNERZ, Ulf, "Los etnógrafos de Chicago"(...) p. 37

<sup>25</sup> HANNERZ, Ulf, "Los etnógrafos de Chicago"(...) pp. 59/60

<sup>26</sup> *La Capital*, 20/3/1920 y 03/04/1930

<sup>27</sup> Según Simmel "No hay fenómeno más exclusivamente propio de la gran ciudad que el hombre *blasé*, el hastiado. Así como una vida de placeres inmoderados puede hastiar, porque exige de los nervios las reacciones más vivas, hasta ya no provocarlas en absoluto, así impresiones sin embargo menos brutales arrancan al sistema nervioso, debido a la rapidez y la violencia de su alternancia, respuestas a tal punto violentas, lo someten a choques tales, que gasta sus últimas fuerzas y no tiene tiempo de reconstituirlas (...). A este primer origen psicológico se añade otro, que atañe a la economía monetaria. Lo que define al hombre *blasé* es que se ha vuelto insensible a las diferencias entre las cosas; no que no las perciba, ni que sea estúpido, sino que la significación y el valor de esas diferencias, y por tanto de las cosas mismas, él los percibe como negligibles (...)", ver SIMMEL, George, "Las grandes ciudades y la vida del espíritu"(...) p. 8

con un relevamiento de once años (1920-1930) de la sección policial del diario *La Capital*. Sin dudas, se trata de una mirada parcializada y ocluida por un diario burgués que consideraba al suicidio como una patología. No obstante, en estas populosas fuentes se identificaron una serie de rasgos comunes que cuestionan la muerte voluntaria como individual y aislada. La deconstrucción de las estrategias narrativas utilizadas por los periodistas visibilizará intersticios donde el suicidio se aprecia como una problemática social.

### **Los nuevos intereses periodísticos en los años veinte. La sección de policiales**

La modernización que acontecía en las ciudades argentinas, Buenos Aires y Rosario principalmente, requirió de la prensa un nuevo relato que evidenciara los límites del proceso y sus nuevos protagonistas. Atentos al ritmo que adquirirían las urbes, los diarios modificaron su estética para facilitar la lectura a los ciudadanos en cualquier lugar y en poco tiempo. Las páginas disminuyeron su tamaño, las hojas se ilustraron con fotografías o caricaturas y las columnas cambiaron las tipografías de sus titulares. Paralelamente, el periodismo se transformó en un trabajo de tiempo completo. Para Beatriz Sarlo, el surgimiento del periodismo profesional se relacionaba estrechamente con los cambios culturales y urbanos que propiciaron nuevas temáticas para su redacción. Entre ellas aparecieron: cronistas dedicados a los deportes, a policiales o a las notas de color; enviados especiales a los escenarios de los grandes sucesos extranjeros; entrevistadores, y redactores dedicados a relacionar cables internacionales con la política nacional.<sup>28</sup>

La incorporación de nuevas temáticas tenía como objetivo proporcionar al lector una propuesta donde todos sus intereses estuvieran representados<sup>29</sup>. Para Sylvia Saitta, las páginas de *Crítica* -y de otros diarios populares- combinaron el uso de un criollismo popular, tanto gauchesco como urbano, con los aportes de la renovación estética y política, para apropiarse de las noticias políticas, deportivas y sensacionalistas. Así, la receptividad de los periódicos abarcaba, en el imaginario de sus creadores, a todo tipo de lectores, masas populares, intelectuales, clase media y empleados. De la misma manera, la heterogeneidad de la información que abarrotaba sus páginas, se distribuía en distintas secciones ordenando las prioridades de la lectura. En ellas, parecía entablarse un diálogo íntimo con los intereses de cada lector, ya sea por las temáticas - cine, moda, deportes, etc.- o por el público al cual se habían dirigido- niños, mujeres, hombres de campo, etc.

A diferencia de sus expresiones porteñas, en Rosario, *La Capital* era el único diario que había alcanzado un público de masas, eliminando la orientación política facciosa que conservaban algunos de sus pares. Este matutino

<sup>28</sup> SARLO, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2003. Pp. 155-156.

<sup>29</sup> SAÍTTA, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997. P.91



conjugó, en un mismo momento, una multiplicidad de procesos de modernización periodística. Desde principios del siglo, dejó atrás su fuerte orientación política para incorporar al público lector de la clase media. En ese momento, implementó el soporte tecnológico adecuado para realizar tiradas masivas, económicas y rápidas. Incluso, su *staff* de periodistas se renovó incorporando reporteros de tiempo completo, dejando atrás a los antiguos personajes de la elite que habían conformado su redacción. Los cambios, tanto en la estética como en el periodismo, intentaban atraer un número mayor de lectores; así como, la incorporación de múltiples avisos comerciales buscaba la autofinanciación<sup>30</sup>. En efecto, el verdadero quiebre en la experiencia periodística de *La Capital* fue proporcionada por la independencia económica que le permitió conformarse en un órgano de opinión independiente.

Aun así, *La Capital* no era un diario popular. Desde 1911, había monopolizado la prensa rosarina, al desaparecer *El Municipio*. Sin ninguna competencia, *La Capital* no contó con oposición para autoerigirse como la “prensa seria” de la ciudad. Este órgano de opinión autónoma legitimaba su posición en sus masivos lectores como lo afirmaba su slogan: “*Las columnas de La Capital pertenecen al pueblo*”. Igualmente, no eran las masas, sino el mundo burgués, el cual se reflejaba en sus páginas. *La Capital* antes que vocero del pueblo, se instauró como un disciplinador social, consiente y reproductor de la clase a la cual pertenecía<sup>31</sup>. El periódico como empresa-cultural estaba destinado a un lector de elite que respondía a las distracciones del moderno ciudadano liberal. Los gustos del pueblo y sus preocupaciones habrían de ser atendidas por la nueva prensa amarilla, *Reflejos* y *La Redacción*, que surgieron en la ciudad a fines de la década del veinte. Así, *La Capital* se transformó en un reproductor de la clase a la que pertenecía.

Algo similar ocurría con sus secciones, la modernización se administró de forma parcial. Particularmente, la imagen de la sección de policiales no habría de atravesar por los cambios de la renovación periodística hasta fines de la década. Todavía a principios del veinte, el diario rosarino conservaba el formato de fines de siglo anterior. Lila Caimari, hacía referencia a los policiales de los grandes diarios de 1890 -como *La Nación* o *La Prensa*- explicando que se trataba de “(...) una sección de brevísimas informaciones sobre las grandes y pequeñas calamidades cotidianas de la ciudad (...)”<sup>32</sup>; descripción que se

---

<sup>30</sup>CESARETTI, Fernando; MAURO, Diego; ULIANA, Hernán, “Del resplandor a la opacidad. Opinión pública, empresa periodística y ciudadana. La nueva prensa de Rosario en la década del 20: los casos de *La Redacción* y *Reflejos*”, en: BONAUDO, Marta, *Imaginario y prácticas de un orden burgués, Rosario, 1850-1930: Los actores entre las palabras y las cosas*/ VIDELA, Oscar... [Et. al]-1ª ed.-Rosario: Prehistoria, Ediciones, 2005. Pp. 103-104.

<sup>31</sup>CESARETTI, Fernando; MAURO, Diego y ULIANA, Hernán. “Representaciones, prensa y conflicto social. Estrategias complejas en el diario *La Capital*, mayo – julio de 1928”, en: BONAUDO, Marta, *Imaginario y prácticas de un orden burgués, Rosario, 1850-1930: Los actores entre las palabras y las cosas*/ VIDELA, Oscar... [Et. al]-1ª ed.-Rosario: Prehistoria, Ediciones, 2005. Pp. 125

<sup>32</sup> CAIMARI, Lila, *Apenas un delincuente: crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Buenos Aires: Siglo XXI Ediciones Argentina, 2004, p. 171

adaptaba perfectamente a la sección de *La Capital*. Entre las peripecias urbanas y los crímenes, las escuetas dos o tres columnas eran una lista de: asesinatos, mordeduras de perros, homónimos, objetos perdidos, pleitos entre borrachos, choques, sincopes, robo de alhajas, peleas resueltas a cuchillazos, niños abandonados, bicicletas robadas, caballos desbocados de sus carruajes, sujetos destrozados por la locomotora, suicidios, etc. Si esta enumeración de informaciones describía un imaginario de lo urbano en franca tensión, en el caso rosarino, nos mostraba una marcada transición entre lo rural y lo urbano. Mientras la ciudad aceleraba sus ritmos, las páginas de policiales de *La Capital* variaban sus titulares, noticias destacadas, incorporación de fotos. Aunque, el estilo narrativo de sus notas continuaba invadido por el vocabulario de los médicos peritos. Así como las crónicas policiales se centraban en la detección e interpretación de huellas y detalles que partían de las pesquisas para ordenarlos, y finalmente, construían un relato retrospectivo de los hechos<sup>33</sup>, generalmente, las fotografías reforzaban la narración del crimen identificando sus elementos, o en algunos casos, retrataban el cadáver de la víctima. De esta forma, los policiales renovaron su estética y se acercaron al estilo de sus pares porteños; pero prescindían del sensacionalismo con que estos construían las noticias y los artilugios para convertirlos en un nuevo espectáculo moderno. La “prensa seria” no consideraba propicio exaltar el sensacionalismo que el periodismo popular explotaba en todos sus estilos. En estos matutinos, los policiales cambiaron porque renovaron la imagen del delincuente, más acorde con los tiempos modernos. Para esto, la crónica policial, se convirtió en el nuevo estilo narrativo, ubicado en la frontera endeble del periodismo y la literatura, de la realidad y la ficción que caracterizó a las noticias policiales.<sup>34</sup> La habilidad en la redacción transformaba en primicias a criminales, borrachos, mafiosos, prostitutas, suicidas, entre un número interminable de personajes de los arrabales. Incluso, el tono sensacionalista junto a la descripción de escenas cinematográficas impactaba en un público lector que manifestaba su empatía hacia este tipo de informaciones. Sin dudas, la crónica estimulaba al lector contemporáneo, permitiéndole captar los ritmos de la ciudad. De la misma manera, el relato se enriquecía con un repertorio de herramientas gráficas, escritas y documentales para amplificar la percepción que el sujeto moderno percibía de la experiencia cotidiana, su velocidad, fragmentación y potencial desorientador.<sup>35</sup> La implementación del automóvil para cometer el crimen, los tiros y los revólveres, la narración fluida con escenas propias del cine; conformaban un conjunto de sensaciones propias de la cinética moderna que los policiales sensacionalistas primaban por transmitir a sus lectores.

<sup>33</sup> CAIMARI, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012. P. 64

<sup>34</sup> CAIMARI, Lila, *Apenas un delincuente: crimen (...)* p. 214.

<sup>35</sup> CAIMARI, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros (...)* p. 61

### **La Capital y el espectáculo de la muerte**

La recurrencia de los suicidios en las páginas de policiales proporcionaba dos razonamientos. O su importancia era muy elevada sobre el número de población, o la noticia de la muerte dudosa atraía a los lectores al variopinto collage que era la sección del crimen. Ambas eran posibles hipótesis, aunque, no factibles de comprobación. Incluso, la particularidad del atentado contra la vida dificultaba arriesgar argumentos generalizadores. En la sociedad comulgaban las ideas que consideraban al suicidio una enfermedad contagiosa que cuanto menos se visualizaba, más se evitaba su imitación. De todas formas, el auto-infringimiento de la muerte transformado en noticia enaltecía la visión trivializada de las condiciones de vida en la ciudad. Los redactores de policiales presentaban las historias de los suicidas como un teatro de colores y experiencias que entretenían a los espectadores urbanos<sup>36</sup>.

A grandes rasgos, se identificaban dos clases de notas suicidas. Por un lado, ciertas informaciones se destacaban por la manera en que los hechos ocurrían: algún episodio gracioso, un héroe que rescataba al cansado de la vida, o algún personaje conocido, entre innumerables variantes. Estas anécdotas modificaban la estereotipada forma con que las notas se narraban, haciendo su lectura más atractiva. Así, resaltaban dentro de la columna por la extensión, los títulos elocuentes o el testimonio de algún testigo.

Igualmente, estos casos no eran los más cotidianos. Si bien, tanto suicidios como tentativas aparecían casi todos los días de la semana, la redacción de la nota era una larga enumeración: hora y lugar, dirección donde ocurrió, nombre de la víctima, edad, estado civil, ocupación, nacionalidad, el medio usado y las posibles causas. También, se mencionaba algún agente policial y la derivación del suicida a la asistencia pública. A este conjunto de datos, se sumaba la mención de que el cansado de la vida había dejado una la carta donde explicaba el motivo de su muerte, pero su contenido era siempre una incógnita. En estas noticias primaba el estilo informativo que no pretendía una explicación por fuera del acontecimiento en sí mismo.

Por el momento, la estrategia narrativa de estos suicidios, será parcialmente abandonada para indagar la elaboración de las notas suicidas cercanas al sensacionalismo. Lila Caimari, postula que la crónica policial de los años veinte y treinta se identificaba con los grandes sucesos del crimen estadounidenses que los diarios de ese país narraban con recursos de la industria del entretenimiento, a diferencia de la crónica decimonónica, que emulaba el modelo del periodismo inglés o francés, más médica o detectivesca. Para la autora el cambio de paradigma periodista se relacionaba con la cantidad de información que los periódicos recibían de diversas fuentes<sup>37</sup>. En el diario *La Capital*, las notas de suicidios “anecdóticos” conjugaban estos dos estilos

---

<sup>36</sup> FRITZSCHE, Peter, *Berlín 1900: prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires: Siglo XX Editores Argentina, 2008. p 144.

<sup>37</sup> CAIMARI, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros (...)* p. 70



narrativos. Paulatinamente, por ciertos intersticios se colaban los nuevos registros de la modernidad periodística:

Hay varias maneras de atentar contra la vida, y los norteamericanos, hace muchos años que intentaron establecer un centro “para suicidas” a fin de que estos, previa una cuota especial, pudieran quitarse la vida con la mayor comodidad posible y empleando las armas, ingredientes y útiles que estimaban más convenientes. Demás está decir que tan extravagante proyecto fue prohibido por las autoridades y sirvió a la prensa extranjera para ocuparse una vez de las excentricidades yanquis.<sup>38</sup>

Este fragmento no reflejaba la totalidad del estilo narrativo que dominaba al diario rosarino pero visibilizaba la influencia de la industria cultural estadounidense en su redacción de las noticias suicidas. Así, la recurrencia a los artilugios de la crónica se vehiculizaba como un recurso para atraer al lector ante ciertas informaciones, aunque el estilo que predominaba en el diario no era sensacionalista. Destellos de intriga aparecían con intermitencia para condimentar la enumeración de datos objetivos. Por ejemplo, en los titulares como, “(...) Un suicidio original (...)”<sup>39</sup>, o “HOMICIDIO Y SUICIDIO. Misterio que rodea el hecho (...)”<sup>40</sup>, se transformaban en pequeñas intervenciones que no superaban el cuerpo del texto.

Las noticias de suicidios conservaban los lineamientos generales del diario que con su auto-construida imagen de “prensa seria”, pretendía brindar información certera y confiable. En estas notas, la ausencia del narrador potenciaba la sensación de verdad fidedigna que generaba la enumeración de datos. Aunque, este ascetismo informativo también era una construcción ilusoria. La mayoría de estas informaciones parecía reproducir la realidad en estado puro, a diferencia de la crónica sensacionalista que adaptaba sus investigaciones a la literatura policial clásica para atrapar al espectador.<sup>41</sup> No obstante, lentamente, los recursos literarios comenzaron a aparecer de manera recurrente en las notas. Así, la voz del redactor aparecía para destacar un suceso por alguna particularidad: “(...) Con una diferencia de pocas horas se ha producido ayer dos extraños sucesos, que por analogía no dejan de llamar la atención (...)”<sup>42</sup> O la declaración de un testigo se reproducía para enriquecer el relato: “(...) Un vecino contó que el día anterior la visito un desconocido y éste le comentó al vecino: "Ira a un sitio y nadie la volverá a ver”<sup>43</sup>.

Sin embargo, las noticias “anecdóticas”, sin convertirse en prensa amarilla, poseían un conjunto de características que permitía identificarlas. Quizás sea propicio pensar que *La Capital*, desarrolló un modelo sensacionalista dentro de su propio estilo informativo. El lector al que el diario dirigía su información, la

<sup>38</sup> *La Capital*, 12/1/1920

<sup>39</sup> *La Capital*, 21/12/1920

<sup>40</sup> *La Capital*, 4/09/1922

<sup>41</sup> SAÍTTA, Sylvia, *Regueros de tinta (...)* p. 199

<sup>42</sup> *La Capital*, 9/11/1924

<sup>43</sup> *La Capital*, 16/12/1927

burguesía, mantenía un conjunto de preceptos morales donde el suicidio era considerado un estigma. Pero, por otro lado, sentía una responsabilidad social de encontrar una posible solución para problema, ya que su asiduidad dificultaba ocultarlo. Entonces, el diario, entre su responsabilidad de disciplinador social y de formador de la opinión pública, operó discursivamente para separar al suicidio del problema social y convertirlo en una noticia de lectura atractiva. Esta estrategia narrativa para construir las notas de “suicidios anecdóticos”, noticia principal de la página de policiales cuando no había un suceso criminal o morboso, articuló distintos recursos literarios del sensacionalismo, la crónica y la fotografía. Según el tipo de atentado contra la vida variaba la recurrencia a elementos del amarillismo. Por lo tanto, el suicidio anecdótico puede clasificarse, arbitrariamente, en: los ahogados, las tentativas chistosas, la tentativa de mujeres con venenos menores, los suicidios pasionales.

Rosario, como toda ciudad cercana a un río, poseía un alto número de tentativas de suicidios por intento de ahogamiento. Aunque, entre líneas, los redactores destacaban que un individuo para acabar con su vida no se arrojaría al agua en la zona portuaria, ya que esta poseía una gran circulación humana. Por el contrario, la asiduidad de espectadores lo asemejaba a una puesta en escena antes que, a un intento de terminar con la vida: “(...) En la zona del puerto se desarrolló ayer por la mañana una escena que impresionó vivamente a cuantos tuvieron ocasión de presenciarla (...)”<sup>44</sup> Incluso, las características físicas del río, de correntada rápida y gran profundidad, sumado a la concurrencia de navíos extranjeros, obligaban a las autoridades a contralar sus costas constantemente. Los ahogados por accidentes eran mucho más comunes que los suicidios consumados por el mismo motivo.

No obstante, estos atentados contra la vida destacaban el papel que cumplía el rescatista. Con esa acción, la persona que se arrojaba al agua para evitar el suicidio manifestaba los preceptos morales de la sociedad, tanto como, vehiculizaba un modo de disciplinamiento social. Principalmente, en los casos que el cansado de la vida se resistía: “Fl. que estaba decidido a concluir su existencia, luchó desesperadamente contra su salvador, siendo así más meritoria la acción de M., por la cual puso en peligro su propia vida (...)”<sup>45</sup> El rescatista era una víctima de las circunstancias. Además, frente al puerto, era común que sus propios obreros se convirtieran en salvavidas: “En la zona portuaria, ayer, en las primeras horas de la tarde, se desarrolló un suceso que no tuvo mayores consecuencias gracias a un modesto trabajador (...)”<sup>46</sup> O en otros casos algún transeúnte que veía como ocurría el hecho, “(...) donde se arrojara al agua Fl., un obrero del puerto; Eduardo M., el cual se tiró

---

<sup>44</sup> *La Capital*, 13/02/1920

<sup>45</sup> *La Capital*, 13/02/1920

<sup>46</sup> *La Capital*, 1/10/1924



inmediatamente al río en socorro del que el creyera víctima de un accidente(...)"<sup>47</sup>.

En otro orden, las noticias dentro de la sección de policiales se organizaban separando las tentativas de los suicidios. Sobre esta distinción, los "suicidios anecdóticos" que en su mayoría eran tentativas -a excepción de los pactos suicidas- trataban la información con poca sutileza. Esto era consecuencia de dos imágenes que la tentativa reflejaba en la sociedad – o eso, mostraban los diarios-. Por un lado, la simulación de la muerte que nunca se concretaría. Por otro, una necesidad de llamar la atención, de brindar un espectáculo. Estas representaciones, la mayoría de las veces indivisibles, le otorgaban al redactor la posibilidad de recurrir al chiste o al ridículo, tanto como, al amarillismo. Al no producirse un atentado contra la vida, la moral social no corría peligro. Así, por ejemplo, la generalización del fenómeno suicida en esta nota era inesperado, ya que el diario intentaba invisibilizarlo constantemente: "(...) Estamos ante una racha de suicidios pues a las tentativas de los día anteriores, debemos agregar dos más ocurridas en el espacio de pocas horas (...)"<sup>48</sup>

Asimismo, el diario les mostraba a sus lectores, la tentativa de suicidio como un espectáculo. Esto se percibía con la total ausencia de sutileza y neutralidad suicida que se encontraba borracho y pretendía quitarse la vida auto-golpeándose con un palo: "(...) no creemos que se hubiese pensado en el suicidio a base de una paliza que se propinara el mismo interesado (...)"<sup>49</sup> En otro suceso, la víctima tomó cianuro, un veneno mortal, en un bar que se encontraba enfrente de la asistencia pública. A la localización del lugar del hecho, enfrente del hospital donde la policía derivaba a todos los heridos, se sumaba la escena de película que protagonizó la víctima: "(...) cerca del mostrador ingirió la solución y se puso a gritar que había tomado cianuro (...)"

<sup>50</sup> Se utilizó el formato de crónica clásica para relatar el acontecimiento que ocupó dos columnas "(...) los amigos y el dueño del negocio creyeron en el primer momento que se trataba de una broma (...)" <sup>51</sup> Pasado el peligro de muerte, en los bolsillos del suicida se descubrió una nota con la siguiente frase: "La fatalidad ha destrozado mi corazón y completándolo destrozó mi vida, arrancándomela. Es mi única voluntad."<sup>52</sup> Existía una operación discursiva para parodiar a la tentativa y distanciarla del suicidio, aunque el absurdo como estrategia narrativa, resultaba sumamente atractivo para el público; y al parecer, *La Capital* tampoco se resistía a prescindir del sensacionalismo.

En oposición a esto, las tentativas de mujeres de mediana edad con venenos menores como el bicloruro de mercurio o la creolina, se repetían varias veces a las semanas en el caos de pequeñas informaciones que era la página de policiales. A los datos sobre el hecho se sumaban las estereotipadas frases:

<sup>47</sup> *La Capital*, 13/02/1920

<sup>48</sup> *La Capital*, 10/05/1920

<sup>49</sup> *La Capital*, 12/1/1920

<sup>50</sup> *La Capital*, 24/04/1929

<sup>51</sup> *La Capital*, 24/04/1929

<sup>52</sup> *La Capital*, 24/04/1929

“cansada de la vida” o “problemas familiares” como causas más cotidianas. Aunque, las justificaciones “se ignoran los motivos” o la ausencia de explicación, colaboraban con la atmosfera de nula información que las noticias aportaban. La repetición del modelo de tentativa sólo se observaba a través de la contabilización durante una cierta cantidad de años. No obstante, si algún contemporáneo se interesó en el tema, seguramente, habría coincidido con la tendencia psicológica de la época. Para ella, estos actos se producían por la perturbación histérica que afectaba a las mujeres incentivándolas a llamar a atención de sus seres queridos cuando no se satisfacían sus deseos. Sin embargo, la ausencia de información acerca de las circunstancias de estas tentativas parecía relacionarse con la imagen que el diario había conformado de sí mismo como “prensa seria”. Igualmente, el respeto hacia la vida privada de esas mujeres que de por vida cargarían el estigma suicida, no se diferenciaba de otros suicidios anecdóticos.

El caso de Ceferina L. la sirvienta de una pensión que intentó terminar con su vida tomando cianuro de potasio, mostraba como en algunos casos los detalles no eran ocultados. La noticia relataba la relación íntima que la muchacha había mantenido con el dueño de la pensión. De la misma manera, describía que, luego de golpearla, la despidió. Por esto, la suicida había mezclado el cianuro en un jugo de naranja, desconociendo que el cítrico es un antídoto natural del veneno. Para reforzar la declaración de la protagonista, el diario recurrió al informe médico que cotejaba la versión de la mujer explicando que su cuerpo estaba lleno de contusiones<sup>53</sup>. Resultaría irrisorio afirmar que la ausencia de información en los casos anteriores se relacionaba con la violencia de género o el maltrato. Pero en situaciones de vulnerabilidad femenina estas razones, definitivamente, motivaban los atentados. El desequilibrio entre el exceso y la falta de información para los distintos casos de tentativas evidenciaba que por algún motivo el diario decidía que publicar.

Por último, los suicidios dobles, ocasionados por diversos problemas amorosos, atraían al público lector. Aunque también, en estas noticias se encontraba la expresión más acabada de la crónica sensacionalista. En estos casos, la cercanía entre el suicidio y el homicidio, su estrecho límite con el crimen, autorizaba a los redactores recurrir a la crónica moderna, o a periódicos de otras ciudades que la utilizaban. Como ejemplo de esto, *La Capital* reprodujo en su columna la entrevista que un diario de Montevideo le hizo desde la cárcel a un sobreviviente de un pacto suicida. Por una falla tecnológica en el arma, el suicida mató a su novia pero no pudo terminar con su propia vida<sup>54</sup>. Por lo tanto, se encontraba preso acusado de homicidio. A diferencia del romance de Alfredo y Fernanda<sup>55</sup>, cuyo suicidio- homicidio se concretó, los amantes atentaron contra sus vidas porque la tía de la niña no estaba de acuerdo con que se casaran. Ante la negativa familiar, Fernanda se

---

<sup>53</sup> *La Capital*, 6/12/1927

<sup>54</sup> *La Capital*, 24/05/1920

<sup>55</sup> *La Capital*, 3/04/1930



escapó de su casa y huyó hacia su muerte, dejando sólo un mensaje en un papel “Morimos por amor. Que nuestra madre nos disculpe.”<sup>56</sup>

Los dramas amorosos aparecían como noticia principal y sus titulares los categorizaban de “trágicos sucesos”. La ciudad y la condición social se percibían en el breve resumen que introducía a la noticia, “(...) en un hospedaje de la calle Amenábar (...)” o “(...) en una modesta vivienda de la calle Viamonte (...)”. La estructura de la noticia era extensa ocupaba más de una columna y con subtítulos detallaba quiénes eran los protagonistas, los motivos, cómo atentaron contra su vida y las pericias tanto policiales, como médicas. El caso de Elena y Julio fue seguido por la prensa con el transcurrir de los días, se trataba de dos amantes que habían decidido acabar con sus vidas tomando cianuro de potasio porque los padres del muchacho no aceptaba la unión matrimonial de ambos<sup>57</sup>. Esta situación era bastante común a los suicidios dobles, pero en este caso, una serie de circunstancias fortuitas transformaron el suceso en una crónica criminal. Por un lado, la suicida se encontraba embarazada y unos meses antes había dado a luz un bebé muerto, producto de la misma relación amorosa. Los padres de Julio consideraban que estas faltas a la buena moral no debían ser bendecidas por ellos. Elena “no era una jovencita de buena familia”, huérfana de padre, trabajaba como mucama para colaborar con su madre en el hogar. A diferencia de su amante que era empleado de la receptoría de rentas de la provincia. Por otra parte, *La Capital* reconstruyó la escena del crimen que incluía el testimonio del mozo de la posada; así como, las ocho cartas que ambos suicidas dejaron para sus familiares. De las cartas, una se destacaba porque su destinatario era “al mundo” y el periódico se encargó de difundir, reproduciendo partes o frases como “Viva Pando!” o “Enamorados infelices, sígannos”<sup>58</sup>. La inmensidad de detalles que el redactor utilizó para construir el drama amoroso se potenció cuando con el subtítulo “otros detalles”, los padres de Julio declararon que este se encontraba con las facultades mentales alteradas por un accidente de tránsito que había sufrido. A estos testimonios, una amiga de Elena sumó una conversación con ella donde le confesaba que su amante era muy celoso. El límite de los hechos a los supuestos, nos muestra una clara estrategia de la crónica policial. Sin embargo, entre líneas, el diario sugería que no se trataba de un suicidio más, sino un homicidio. El suicidio como crimen, no transformaba a *La Capital* en un diario sensacionalista, sino que reafirmaba su papel de disciplinador social y protector de la moral.

---

<sup>56</sup> *La Capital*, 3/04/1930

<sup>57</sup> *La Capital*, 17/12/1926

<sup>58</sup> *La Capital*, 17/12/1926



### **Parodiar el suicidio para ocultar el problema social**

*La Capital* conservó el estereotipado formato de las noticias de suicidios y tentativas en la sección de policiales entre 1920 y 1930. Sus procedimientos narrativos no se modificaron, exceptuando, los denominados “suicidios anecdóticos” o los atentados con cianuro de potasio que ocurrieron durante las repercusiones del crimen de Vicente López<sup>59</sup>. Incluso, luego de este suceso, entre 1927 y 1930, las notas acerca de los cansados de la vida no se convirtieron en crónicas sensacionalistas sino que mantuvieron la brevedad informativa de principios de la década. Igualmente, desde 1926 los suicidios registrados por el diario aumentaron notablemente. En efecto, la síntesis informativa parecía condicionar una intrínseca prevención que evitaría la propagación de la muerte voluntaria.

Asimismo, la problematización del suicidio como un mal de la modernidad, demandaba un compromiso social que *La Capital* no se disponía a protagonizar por su posición de formadora de opinión pública burguesa. Así, visualizar el contexto donde se producían los suicidios, traía aparejado evidenciar la pobreza, el trabajo periódico, las condiciones de insalubridad y precariedad habitacional, en que se encontraba inmerso un sector de la sociedad. Esta fotografía se contradecía bastante con el modernismo que reproducía el periódico. A propósito de esto, Peter Fritzsche expresaba que los matutinos reflejaban los aspectos sociológicos de las urbes priorizando su belleza estética, por lo cual, producían una imagen incompleta y excesivamente pasiva de la ciudad moderna<sup>60</sup>. De cierta manera, el diario *La Capital* informaba sobre los atentados contra la vida destacando su lado pintoresco. Los suicidios “anecdóticos” otorgaban la suficiente versatilidad para construir una trama atractiva. Por el contrario, los redactores no se interesaban en las problemáticas sociales que se circunscribían al auto-infringimiento de la muerte. No se preguntaban cuáles eran las posibles causas, menos aún, detectaban los pesares de la vida moderna.

De cierta manera, los periódicos percibían los distintos tonos de la vida urbana sin distinguir sus contrastes. Armonía en gama de colores. Con relación a esto, Fritzsche afirmaba que los diarios no mencionaban los peligros de la prostitución, ni expresaban los sentimientos de los pobres; así como, desde sus páginas se le restaba importancia a los suicidios. Estos males sociales se visibilizaban como postales típicas de las grandes ciudades, evitando con ello, su transformación en problemas sociales<sup>61</sup>. En este sentido, *La Capital* banalizaba el suicidio como noticia. Tanto como, al denunciar la interdicción de la venta de cianuro<sup>62</sup>, el diario reproducía su lógica de disciplinador social, sin por esto, convertirlo en un mal de la modernidad. De todos modos, la lectura de

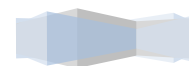
---

<sup>59</sup> SAITTA, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica ...*

<sup>60</sup> FRITZSCHE, Peter, *Berlín 1900 (...)*p. 131

<sup>61</sup> FRITZSCHE, Peter, *Berlín 1900 (...)*p.132

<sup>62</sup> *La Capital*, 23/11/1926, “(...) en nuestra ciudad, por ejemplo, la venta de cianuro en las ferreterías y las casas de comercio análogas, se realiza sin ninguna limitación (...)”



las notas suicidas durante un periodo de tiempo, visualizaban una serie de problemas sociales que se interrelacionaban con los atentados contra la vida. Por esto, la (re)lectura entrelíneas de esos suicidios informativos, casi invisibles en la caótica sección de policiales; aportara una serie de indicios a problematizar el suicidio influido por otros conflictos sociales.

La concreción efectiva del atentado contra la propia vida se vehiculizó en parte, con la popularización del cianuro, pero también, por el masivo empleo del revólver. Ambos, veneno y armas, eran los medios más utilizados para el auto-infringimiento de la muerte. Incluso, las mujeres solían recurrir al tóxico, mientras que los hombres a las armas, aunque no siempre este patrón se mantenía. Por esto, los argumentos que Lila Caimari expuso para interpretar la modernidad delictiva, permiten comprender la circulación de las armas entre la sociedad civil. Según la autora, entre los años veinte y treinta, el crimen desafiaba abiertamente al orden establecido, influido por la incorporación de las nuevas tecnologías que le permitió modificar sus prácticas.<sup>63</sup> Si bien, estas consideraciones hacían referencia al crimen organizado, en parte, explicaban la difusión masiva de las armas de fuego entre los ciudadanos a causa de la disminución de su costo y las innovaciones técnicas. Asimismo, esto produjo una mutación en los códigos de violencia masculina que resultaron más modernos y populares<sup>64</sup>.

Con relación a lo anterior, *La Capital*, en su sección de actualidad, publicó una nota titulada "(...) RACHA DE CRÍMENES (...)". La misma se ocupa del crecimiento de la violencia fusionándola con los sucesivos crímenes que la mafia siciliana había cometido en la ciudad desde 1927. El diario se encontraba muy preocupado por como la expansión de la delincuencia influía en la buena moral de los ciudadanos. De todas maneras, la noticia buscaba el apoyo de la opinión pública para la reglamentación de la portación de armas. "(...) Gran parte del auge de la delincuencia, se basaba en el mal hábito de portar armas (...)"<sup>65</sup> Al parecer, la editorial del diario aspiraba a despertar la atención de las autoridades políticas y policiales para reglamentar la tenencia de armas de fuego. Según el diario, "(...) las armas se venden sin control de ninguna especie y se han generalizado en tal forma, que el 80 %, de las personas que transitan por la calle van armadas (...)"<sup>66</sup>

Entonces, esta última reflexión justificaba, en parte, la asiduidad de los atentados contra la vida con arma de fuego. Igualmente, *La Capital* exponía otra consecuencia del uso masivo del revólver: el incremento de la violencia interpersonal. En dos extensas columnas, el relato argumentaba el crecimiento de los actos violentos, principalmente, en conflictos familiares y afectivos. "(...) el mayor porcentaje de los hechos de sangre no se observa entre personas sin vinculo de sangre o amistad, sino por el contrario los efectos más profundos

<sup>63</sup> CAIMARI, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros (...)* p. 34

<sup>64</sup> CAIMARI, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros (...)* p. 45

<sup>65</sup> *La Capital*, 26/1/1929

<sup>66</sup> *La Capital*, 26/1/1929

como son los del amor entre esposos, entre pariente más o menos cercanos y entre camaradas de labor (...)”<sup>67</sup>. En efecto, sin mencionar el atentado suicida, el diario se ocupaba por evidenciar el desprecio que el individuo mantenía por la moral social. “(...) No se advierte el sentimiento de la responsabilidad, del valor de la vida, del respecto a los semejantes (...)”<sup>68</sup> En algún punto, la inmoralidad que reinaba en la sociedad rosarina brindaba las condiciones para la propagación de un “crimen tan perverso” como el suicidio.

Igualmente, la expresión “tiro en la sien derecha”, comúnmente empleada por los periódicos, escondía un conjunto de motivaciones infinitas que no sólo involucraban a los altos niveles de violencia. Aun así, *La Capital* respondía a este universo de posibilidades con la frase “(...) Se desconocen los motivos (...)”, exceptuando cuando el suicidio se producía por problemas personales - enfermedad incurable o algún problema familiar-. La ausencia de información parecía evadir las motivaciones de los suicidas que vivían en condiciones de precariedad. Esto se percibía en un caso donde el protagonista no había terminado con su vida por una falla en el funcionamiento del arma empleada. Entre las explicaciones que el cansado de la vida brindó a la policía, su desesperanza se debía a la miseria en que vivía y a la imposibilidad de solucionar sus problemas económicos<sup>69</sup>. Aunque, este ejemplo no podía homologarse en todos los casos, el atentado contra la vida estaba íntimamente determinado por la trama de condiciones materiales y simbólicas en la cual el sujeto se insertaba. La ausencia o precariedad de ese entramado otorgaba las motivaciones para que una persona se encontrara “cansada de la vida”, como argumentaba *La Capital*. En esta situación, la actitud *blasé* definida por Simmel<sup>70</sup>, resulta útil para pensar el suicidio como un punto extremo de hastío de la vida urbana.

En esta línea, a principios de los años veinte, según *La Capital*, los atentados contra la vida se producían por la crisis económica que afectaba a la urbe. Desde el titular del editorial, se enunciaba cual era el problema que motivaba a los cansados de la vida: “(...) EL SUICIDIO DE AYER. Desesperada resolución de un anciano de 89 años. El problema habitacional (...)”<sup>71</sup> Igualmente, el caso se destacaba porque su protagonista era un ex-sargento de la policía que había perdido todos sus bienes sobrepasado por las deudas. Según la noticia, el suicida era una de las tantas víctimas de la carestía que afectaba a la ciudad, “(...) un anciano de ochenta años que debiendo al almacenero, arrojado a la calle por el casero y adeudándole la provincia su reducida paga, sale a la calle y se quita la vida (...)”<sup>72</sup> En el relato se describía la inestabilidad de la vida urbana por la anormalidad de la coyuntura, “hasta angustioso podríamos decir

---

<sup>67</sup> *La Capital*, 26/1/1929

<sup>68</sup> *La Capital*, 26/1/1929

<sup>69</sup> *La Capital*, 24/1/1922

<sup>70</sup> SIMMEL, George, “Las grandes ciudades y la vida del espíritu (...)” p. 8

<sup>71</sup> *La Capital*, 20/3/1920

<sup>72</sup> *La Capital*, 20/3/1920



sin exagerar”<sup>73</sup>. Esta sensación de abatimiento acompañada por la crisis provocaba la expansión del atentado suicida.

Sin embargo, la crónica destacaba la ausencia de medidas por parte del municipio para resolver la situación, “(...) Por una parte los haberes reducidos de los empleados públicos, la falta de pago, las mil trabas que se ponen para descontar sueldos y la acción funesta de los usureros (...)”<sup>74</sup> En efecto, la crítica al gobierno encubría la denuncia por el problema habitacional. La noticia visualizaba la carestía de la vida para ocultar el reclamo por el aumento de los alquileres. Este incremento se debía tanto a la situación económica como a una estrategia inmobiliaria para valorizar el centro obligando a las clases subalternas a trasladarse a los barrios. “(...) Por la otra, la carestía de la vida, la suba de medidas de los alquileres, de los vestidos, del calzado y los alimentos en forma tan escandalosa, que nadie sabe el valor de la vida en el espacio comprendido entre un mes y el siguiente (...)”<sup>75</sup>. Así el aumento de los alquileres acompañado por otras medidas de localización habitacional, permitieron recuperar el casco histórico rosarino para su valorización inmobiliaria.

En consonancia con lo anterior, para Ana María Rigotti, el concejo municipal atendió el problema habitacional con intrincadas discusiones acerca del aumento de los alquileres. No obstante, el reclamo de los diferentes actores sociales, vehiculizó la propuesta gubernamental de financiar viviendas populares. Así, el gobierno acalló la disidencia de los propietarios de las casa de inquilinato que se oponían a la ley de congelamiento de los alquileres. Del mismo modo, con el proyecto de construcción viviendas destinadas a la clase media, se resolvieron los reglamos de los empresarios de la construcción que se quejaban ante el aumento de los materiales.<sup>76</sup> Igualmente, *La Capital* en su rol disciplinador, retrataba la inestabilidad del gobierno de turno, sin dejar de denunciar la precariedad habitacional de los sectores subalternos:

(...) la víctima anónima, que languidece lentamente y se extingue como una llama en la soledad del hogar, en los barrios apartados hasta donde no llega la alegría de los que de todo disfrutan; sino el golpe brusco, la resolución violenta y pública que como una protesta se lleva a cabo en medio de la calle (...)”<sup>77</sup>

El problema habitacional se mantuvo latente durante toda la década del veinte cuando la ciudad atravesó por la transformación de su trama urbana. Todavía en 1930, existían los conventillos, las casas de inquilinato y las viviendas colectivas. Por esto, las observaciones realizadas por Zorbaugh<sup>78</sup> en la zona de pensiones de Chicago, nuevamente, permiten identificar el vínculo entre el

<sup>73</sup> *La Capital*, 20/3/1920

<sup>74</sup> *La Capital*, 20/3/1920

<sup>75</sup> *La Capital*, 20/3/1920

<sup>76</sup> RIGOTTI, Ana María, *Viviendas para los trabajadores. El municipio de Rosario frente a la cuestión social*. Rosario: Prohistoria, 2011. P 47-49.

<sup>77</sup> *La Capital*, 20/3/1920

<sup>78</sup> HANNERZ, Ulf, “Los etnógrafos de Chicago” (...) pp. 59/60

suicidio y la precariedad habitacional. Asimismo, esta arista del problema es potencial para la interrogación de otras circunstancias de marginalidad por las que atravesaban muchos de los cansados de la vida. Por dar sólo un ejemplo, *La Capital* describía la situación de pobreza de uno de los tantos suicidas anónimos que reproducían sus páginas: "(...) Está compuesta esa vivienda de varias piezas de madera teniendo como entrada un corredor. La habitación que alquila Alfredo P. da al frente. (Alfredo)P. la amuebló pobremente, figurando entre los efectos de la misma una cama de hierro de dos plazas..."<sup>79</sup> Así como, la penosa situación del albañil que se ahorcó en la terraza de la fonda donde se hospedaba "(...) desde hace unos días careciendo de recursos, se hospedaba sólo en dicho negocio, (...) no sé sabe de dónde provenía ni se conocen sus parientes (...) se supone que B. adoptó la extrema resolución por encontrarse en la indigencia..."<sup>80</sup> Este último caso visualiza un conjunto de problemas resultantes de la modernidad urbana que podían influir en el atentado suicida. Incluso, la noticia exponía claramente como ante la ausencia de inserción del sujeto en la trama social resultaba sencillo no problematizar el atentado contra la propia vida.

Entre los suicidas invisibles se repetían algunas situaciones comunes. Primero, la ausencia de lazos familiares estables, tal vez porque eran inmigrantes. Segundo, el empleo en ocupaciones temporarias -en el puerto, las actividades agrarias o algún otro empleo- que reproducían condiciones precarias de subsistencia. Y tercero, el alquiler de una habitación por la dificultad de acceso a la vivienda. Estos factores promovían un desarraigo que influía en la decisión de la muerte voluntaria. Es decir, la ausencia de un entramado de relaciones materiales y simbólicas que los contuviera, producía en determinadas personas la decisión de acabar con su propia vida. Esto se potenciaba con el proceso de aceleración de su vida urbana por el cual atravesaba Rosario en ese momento. Por esto, el presente trabajo interpreta al suicidio como un mal de la modernidad. Y a la vez, problematiza el rol del diario *La Capital* como formador de opinión. En este orden, el diario *La Capital* visibilizó el aumento de los suicidios, pero legitimando su papel preventivo y disciplinador. Finalmente, este trabajo es un aporte a pensar, interrogando el suicidio y las percepciones de extrañamiento urbano, la modernidad como un proceso fragmentario con condiciones disímiles para sus protagonistas.

---

<sup>79</sup>*La Capital*, 03/04/1930

<sup>80</sup>*La Capital*, 20/3/1920

